

CAPÍTULO XII

(1768—1783)

El marqués de Croix procura arreglar el ejército. — Trabajos del visitador Gálvez. — Sale para la Baja California. — Exploraciones en la Nueva ó Alta California. — Primeras expediciones por mar y tierra. — Llega el gobernador de Californias hasta el puerto de Monterey y regresa. — Segunda expedición. — El padre fray Junípero Serra. — Fúndanse misiones en San Diego y en Monterey. — El visitador Gálvez arregla los asuntos de la península de California y regresa para Sonora. — El visitador dirige la campaña de pacificación. — Indúltanse unas tribus y otras son vencidas. — Constrúyese el castillo de Perote. — Reforma del clero regular. — Arreglos en la Real Hacienda. — El arzobispo Lorenzana. — Su empeño en las fundaciones piadosas. — Su dedicación á la historia de Nueva España. — Cuarto concilio mexicano. — El arzobispo Lorenzana procura la ilustración de los indios. — Renuncia el marqués de Croix el vireinato. — Don Antonio María Bucareli llega á México nombrado virey. — Tranquilo gobierno de Bucareli. — Sus acertadas disposiciones. — Hostilidades de las tribus sublevadas en las fronteras del Norte. — Proyecto de establecimiento de intendencias. — Opónese el virey. — Progresos y bienestar de la colonia durante el gobierno de Bucareli. — El comercio enriquece. — Las provincias internas se reúnen en una sola comandancia. — Muerte del virey Bucareli. — Gobierno interino de la Audiencia. — Don Martín de Mayorga, virey de Nueva España. — Casuales circunstancias á que debe su nombramiento. — Declaración de guerra entre Inglaterra y España. — Mayorga organiza con actividad el ejército. — Prepara la defensa de Nueva España. — Envía auxilios á las otras colonias. — Sucesos de Guatemala y la Luisiana. — Campañas de las tropas de Yucatán contra las colonias inglesas de Walix. — Disgustos del virey Mayorga con don José de Gálvez, ministro de Indias. — Renuncia el vireinato. — Es nombrado para sucederle don Matías de Gálvez.

Restablecida la tranquilidad en Nueva España después de la expulsión de los jesuitas, volvieron los negocios á tomar su ordinario curso y el marqués de Croix y el visitador Gálvez á ocuparse el primero de los asuntos de la administración y el segundo de los trabajos de la visita que practicaba y de las comisiones especiales que se le habían confiado.

El marqués de Croix empeñóse en el arreglo del ejército, que se creía necesario, supuesto que amenazaba una guerra con los ingleses y que las inquietudes en la colonia de Nueva España iban tomando un carácter alarmante, aunque no manifiesto, pero bien comprendido por el monarca y el virey. La guerra de Sonora, lejos de calmar, cada día se presentaba más alarmante; los apaches, los seris, los pimas y los sibubapas hostilizaban y asolaban las provincias de Sonora y Sinaloa, y la desacertada providencia de haber separado del gobierno de Sonora á don Agustín Vildósola, que con gran acierto dirigía aquella pacificación, puso en mayores dificultades al gobierno de la colonia y en más grande peligro de perderse á esa parte de la Nueva España ¹.

La expulsión de los jesuitas que con tanta independencia gobernaban la provincia de California, fué otro motivo de preocupación para el marqués de Croix y para

el visitador Gálvez, porque era necesario sustituir en las misiones y el gobierno de California á los padres que tan repentinamente habían sido separados de allí.

El marqués de Croix reunió una junta en México á la que concurrió el arzobispo para resolver el camino que debía tomarse en aquellos asuntos, y se acordó en ella que saliese para California el visitador don José de Gálvez, dándole, además de la facultades que por sí tenía como tal visitador, todas las que correspondían al virey.

Gálvez, con su acostumbrada actividad, salió de México y se embarcó para California en el puerto de San Blas el 21 de mayo de 1768 y llegó á la península á principios de julio.

La misión de Gálvez no se reducía al arreglo del gobierno interior de la península, sino á procurar también establecer villas ó fuertes que impidieran invasiones extranjeras, porque los rusos habían comenzado ya á explorar aquellas costas dando señales de pretender el establecimiento en ellas de algunas colonias. El gobierno español era insaciable en la adquisición de territorio: á pesar de la gran extensión de sus dominios en la América y de que dentro de esos dominios había provincias enteras que permanecían inexploradas, pretendía extender sus fronteras indefinidamente por el norte de Nueva España, suponiendo que en el último tercio del siglo XVIII podía, como en el primero del XVI,

¹ Informe del visitador Gálvez, marqués de Sonora, al virey Bucareli, cuarta parte.

disponer absolutamente de todo lo que el pontífice Alejandro VI había concedido á los Reyes Católicos.

Desde el puerto de San Blas se dispuso por el visitador Gálvez, de acuerdo con los religiosos de propaganda fide, que bajo la presidencia de fray Junípero Serra dirigían entonces las misiones de Californias, que saliesen dos expediciones, una por mar y otra por tierra, á descubrir y pacificar la parte del continente que tomó el nombre de Nueva ó Alta California. La expedición por agua iba dirigida por el piloto don Vicente Vilá y el cosmógrafo don Miguel Constanzó, llevando alguna tropa de desembarco y abundantes víveres. Esa expedición llegó al puerto de San Diego el 11 de abril de 1769.

La expedición por tierra iba compuesta de algunos soldados españoles é indios; mandaba la fuerza don Fernando Rivera y como encargado de las observaciones científicas iba don José Cañizares.

Caminaba, además, con esa expedición el misionero fray Juan Crespi, que escribió el diario y derrotero del viaje. Una segunda sección de tropa salió de Loreto dirigida por don Gaspar de Portolá, gobernador de la provincia, al que acompañaba el padre presidente de los religiosos de propaganda, fray Junípero Serra, á quien los historiadores han honrado por sus virtudes, considerándole como el verdadero conquistador y pacificador de la Alta ó Nueva California con los mismos títulos que el padre Salvatierra lo fué de la Baja ó Antigua.

Era el padre fray Junípero Serra natural de la villa de Petra, en la isla de Mallorca; había nacido el 24 de noviembre de 1713; llamóse por nombre de bautismo Miguel José, y tomó el de Junípero el día de su profesión, 15 de setiembre de 1731, en honra de san Junípero, que había sido compañero de san Francisco y notable por su sencillez ¹.

Reuniéronse las expediciones en San Diego el 1.º de julio de 1769, no sin haber sufrido sensibles pérdidas, porque varios murieron en las travesías de tierra y de mar, y de los barcos se había perdido uno de cuya tripulación jamás volvió á tenerse noticia.

Determinóse en San Blas que la expedición continuara mandada por el gobernador; que en el puerto quedase una corta fuerza para cuidar de los enfermos, y que uno de los barcos llamado *El Príncipe* volviera á San Blas para traer de allí marinería que sirviese en las navegaciones. Salió la expedición el 14 de julio de 1769, y su primera empresa era buscar, tomando el camino de la costa, el puerto de Monterey.

Llegaron á él, pero no le reconocieron, y llamándole ensenada de Pinos levantaron allí una cruz, á cuyo pié dejaron enterrado un escrito del que guardaron copia los cronistas, y forma la relación compendiada de aquel viaje. Para que el escrito pudiera ser encontrado

se grabó en la cruz un letrero que decía: *Escarba al pié y hallarás un escrito*. Ese escrito decía ¹:

«La expedición de tierra que salió de San Diego el día 14 de Julio de 1769, á las órdenes del gobernador de California don Gaspar de Portolá, entró en la canal de Santa Bárbara el 9 de Agosto, pasó la puerta de la Concepcion el 27 del mismo; llegó al pié de la sierra de Santa Lucía el 13 de Setiembre; entró en la sierra dicha el día 17 del propio mes; acabó de pasar la sierra ó descabezarla del todo el día 1.º de Octubre, y avistó el propio día la Punta de Pinos y las ensenadas de la banda de Norte y Sur de ella, sin ver señas del puerto de Monterey, y resolvió pasar adelante en busca de él; á 30 de Octubre dió vista á la punta de los Reyes y farallones del puerto de San Francisco en número de siete. Quiso llegar á la punta de los Reyes la expedición, pero unos esteros inmensos que se internan extraordinariamente en la tierra, la precisaban á dar un rodeo muy grande y otras dificultades (siendo la mayor la falta de víveres), la precisaron á tomar la vuelta creyendo que el puerto de Monterey podría tal vez hallarse dentro de la sierra y haber pasado sin habello visto; dió la vuelta desde lo último del estero de San Francisco en 11 de Noviembre; pasó por la punta de Año Nuevo el 19 de dicho, y llegó otra vez á esta punta y encenada de Pinos en 27 del propio mes; desde dicho día hasta el presente, 9 de Diciembre, practicó la diligencia de buscar el puerto de Monterey dentro de la serranía costeándola por la mar, á pesar de su aspereza, pero en vano. Por último, desengañada ya y desesperando el encontrarlo, despues de tantos afanes, diligencias y trabajos, sin más víveres que catorce costales de harina, sale hoy de esta ensenada para San Diego. Pide á Dios Todopoderoso la guie, y á tí, navegante, quiera llevarte su Divina Providencia al puerto de Salvamento. En esta ensenada de Pinos á 9 de Diciembre de 1769 años.»

La expedición regresó, llegando á San Diego el 24 de enero de 1770; entre tanto fray Junípero Serra había comenzado á fundar en aquel puerto una misión, y aunque los indios se sublevaron dos veces fueron derrotados por la poca tropa que había en el real y se sometieron después pacíficamente. La llegada á San Diego de un barco llamado *San Antonio* que traía abundantes víveres, animó al gobernador Portolá y á los que le acompañaban á emprender una segunda expedición, caminando el gobernador otra vez por tierra en busca del puerto de Monterey, mientras que el capitán Juan Pérez, que mandaba el barco *San Antonio*, iba por mar á esperarle allí.

El *San Antonio* se dió á la vela el 16 de abril y la expedición de tierra salió el 17; aquella vez parece que sí se reconoció el puerto, pues llegó á él el gober-

¹ *Vida de fray Junípero Serra*, escrita por fray Francisco Palou, su compañero, cap. I.

¹ OROZCO Y BERRA. — *Apuntes para la historia en México*, párrafo XVIII, pág. 264.

nador el 24 de mayo, y el 31 aportó el *San Antonio*. El 3 de julio de 1770, estando ya reunidas las dos expediciones, se tomó solemnemente posesión de la tierra en nombre del rey de España, y se fundó un presidio y misión con el nombre de San Carlos de Monterey. Este fué el segundo establecimiento español en la Alta California.

Portolá y Constanzó emprendieron el viaje á México, y de resultas de sus informes se pidieron por el gobierno á la orden de San Fernando treinta religiosos para la península de California y diez para las tierras nuevamente descubiertas; llegaron á San Diego los diez fernandinos el 12 de marzo de 1771 y á San Carlos de Monterey el 21 de mayo. Fray Junípero Serra, lleno de entusiasmo y contando con aquel eficaz auxilio, comenzó á fundar misiones y predicar el evangelio, consiguiendo en poco tiempo abundantes frutos.

Desempeñaba el cargo de gobernador en la nueva provincia don Pedro Fages, que deseoso de reconocer el terreno que separaba el puerto de Monterey del de San Francisco, emprendió una expedición en marzo de 1772, pero sin conseguir lo que deseaba, porque un río crecido le impidió el paso.

Algunos puertos de aquella costa habían sido ya descubiertos y visitados por los marinos españoles, pero por la parte de tierra sólo se conocían San Diego y San Carlos con las misiones allí establecidas.

Quedaron al servicio de esas dos misiones de San Diego y Monterey dos paquebotes que tenían los jesuitas, nombrados *Concepción* y *Lauretana*, dos nuevos, *San Carlos* y *San Antonio*, y una fragata mandada construir por orden del marqués de Croix, y para comunicarse la península con el continente por el Golfo de Cortés, una goleta grande llamada *La Sonora*. Nueve meses permaneció Gálvez en California, consiguiendo arreglar la administración de aquella provincia, empadronando á sus habitantes, que resultaron ser siete mil ochocientos ochenta y ocho entre españoles, indios y castas, y entregando el manejo de las misiones y de los bienes de la Compañía de Jesús á los religiosos franciscanos encargados de aquéllas en lugar de los jesuitas. Concluídos esos arreglos regresó á Sonora el visitador Gálvez.

Los seris, los pimas y los sibubapas habían burlado los esfuerzos de las tropas del gobierno esquivando todo combate que pudiera ser decisivo y dando esperanzas de rendirse cuando les convenía adormecer la actividad de los perseguidores; llegaron á decir que si el visitador Gálvez á su vuelta de California daba la amnistía para los sublevados, con tal de que fuera amplia y segura, se someterían todas las tribus.

Gálvez, teniendo noticia de aquello, apenas desembarcó en Sonora publicó un edicto asegurando el perdón á todos los insurrectos que se presentasen dentro del término de cuarenta días, amenazando á los

que permaneciesen alzados con hacerles una guerra sin cuartel.

Aquella amnistía produjo buenos resultados, aunque no al extremo que había creído el visitador, pues sólo se rindieron dos tribus de las más poderosas de los seris y de los sibubapas, pero los pimas y algunas otras tribus prosiguieron la guerra, refugiándose en las inaccesibles montañas de Cerro Prieto y otras inmediatas, continuando con la misma táctica de evitar acciones decisivas. Sin embargo, con acierto y actividad dirigió Gálvez la campaña, y aunque paulatinamente, fueron sometándose aquellas tribus hasta quedar enteramente restablecida la paz y la tranquilidad. Gálvez organizó la administración civil y eclesiástica de aquellas provincias, y como en esos lugares habían tenido misiones los jesuitas, esas misiones quedaron á cargo unas de clérigos, otras de religiosos del convento de la Cruz de Querétaro y otras al de religiosos franciscanos de la provincia de Jalisco. Levantó Gálvez respetable número de milicias para tener sujetos á los indios é impedir nuevas sublevaciones que cerca de El Fuerte habían vuelto á intentarse, y quedó entonces decretado por real orden del 10 de agosto de 1769, que, conforme al plan presentado á la corte por el marqués de Croix y por el visitador Gálvez, se estableciese una comandancia general que comprendiese las provincias de Sonora y Nueva Vizcaya. Formóse una intendencia con Sonora y Sinaloa y se nombró intendente á don Pedro Corbalán.

Por el lado de Chihuahua los apaches hostilizaban constantemente no sólo á los vecinos de las minas y haciendas, sino hasta á la villa de Chihuahua, cabeza de aquella provincia. Nombróse para hacer la campaña contra los apaches al teniente coronel don Hugo Oconor, y se le dieron los auxilios necesarios de tropa ¹.

Entre tanto el marqués de Croix se ocupaba activamente en el arreglo del ejército, en la reforma del clero regular y en la buena administración de la Real Hacienda.

Levantábase violentamente el castillo de Perote, siguiendo en parte los planos del ingeniero don Manuel Santiesteban, y destinábase aquel castillo para depósitos y almacenes de las tropas acantonadas en Jalapa y como un refugio para el caso de una invasión ó de una sublevación que hiciera replegarse á las fuerzas españolas.

Respecto al clero regular, siguiendo las instrucciones de Carlos III, se prohibió que los religiosos tuvieran comercio ó granjerías; se mandaron suprimir los conventillos en que no había número suficiente de religiosos para formar comunidad; procuróse fijar el número necesario para esto, y se recomendó el establecimiento de las cátedras y lecturas de la Sagrada Escritura, de los

¹ Informe del visitador Gálvez al virey Bucareli, ya citado, cuarta parte.

Santos Padres y de la oratoria sagrada, haciendo esfuerzos para que los religiosos volvieran á la rigurosa observancia de las reglas de su instituto y se refrenasen en hablar de los gobiernos de la metrópoli y la colonia.

En cuanto á la Real Hacienda, además del empeño

para el establecimiento del estanco de tabacos que había formado el visitador Gálvez, se fundaron dos loterías, una con cuatro sorteos al año y otra con un sorteo mensual.

Durante el gobierno del marqués de Croix ocupó la silla episcopal de México el doctor don Francisco Anto-



Frey don Antonio María de Bucarelli y Ursua, bailío de la Orden de San Juan

nio Lorenzana y Butrón, uno de los prelados más distinguidos de la Iglesia mexicana. Empeñoso, ilustrado y activo, el arzobispo Lorenzana promovió cuanto estuvo á su alcance por el bien de la Nueva España, y si algunas veces erró en el camino no fué sin duda por falta de noble intención.

A su costa compró el arzobispo Lorenzana un edificio en 11 de enero de 1767, en donde estableció la *Casa de niños expósitos*, vulgarmente llamada *La*

Cuna, que hasta hoy existe, y fundación que basta por sí sola para hacer grata la memoria del primer hombre que en Nueva España pensó en abrir un asilo para los niños, evitando así muchos crímenes y muchas desgracias. Celebró Lorenzana en México el cuarto concilio provincial, que comenzó en 13 de enero de 1771, y que presidido por el arzobispo tuvo por asistentes á los obispos don Miguel Alvarez de Abreu, de Oaxaca; don fray Antonio Alcalde, de Yucatán; don Francisco Fabián

y Fuero, de Puebla; de Durango, don José Díaz, y además el doctor don Vicente de los Ríos, doctoral de Michoacán, en representación del obispo de aquella diócesis don Pedro Sánchez de Tagle; el doctoral don Mateo Arteaga, en representación de la mitra de Guadalajara, vacante entonces; el oidor de la Audiencia de México don Antonio Rivadeneyra, y el fiscal don José Arechi. Concurrieron al concilio los diputados de las

Facsímile de la firma de frey don Antonio María de Bucareli

catedrales, los preladados de las comunidades religiosas y los consultores, teólogos y canonistas designados para ese objeto; pero ese concilio no tuvo la sanción real ni la pontificia y sus actas han quedado inéditas ¹.

En las constituciones de ese concilio se procuraba, con una caridad y un empeño digno de los primeros misioneros, el buen trato á los indios y la moralidad y civilización de éstos. En los *Avisos para la acertada administración de un párroco en América*, decía:

«Ame mucho á los indios y tolere con paciencia sus impertinencias, considerando que *su tilma nos cubre, su sudor nos mantiene, con su trabajo nos edifican iglesias y casas en que vivir*; que son propiamente naturales del país; nuestros Benjamines amados, y que por la propagación de la Fe é instruirles en ella, estamos nombrados Ministros de la Iglesia y no para comodidades temporales.

«A los Gobernadores de Indios y sus Justicias traten con estimación, pues agradecen mucho los naturales á quien los honra y aun hasta el día de hoy viven reconocidos á la memoria del V. Señor Palafox y de los Prelados más acreditados en virtud y letras, que todos sin distinción han amado entrañablemente á los Indios y mirado con compasión.

En otro lugar, procurando que los indios fuesen felices, recomendaba con verdadera ternura lo que debía hacerse para conseguirlo.

«Cuidarán los padres de familia, decía, que sus camitas ó *tapestles* para dormir ellos, y lo mismo los de sus hijos, estén limpios y en alto, porque contraen muchas y muy graves enfermedades por acostarse en partes húmedas, y en el mismo suelo; que haya separación en sus *xacales*; que los casados duerman separados de sus hijos, y que éstos no se junten los hombres con las mujeres; especialmente pasando de diez años;

pues aunque sean pequeñas sus casitas, pueden poner una división de cañas ó un petate.

«No permitan los Gobernadores que indio alguno de más de veinticinco años deje de tener oficio en el pueblo, sea de labrador ó jornalero, y luego que se casen fabriquen su casa ó *xacal*; procurando en esto ayudarse unos á otros, y así les costará muy poco: como también cuidarán de que los *xacales* se hagan como para racionales y no para bestias, etc. ¹»

Lorenzana se empeñó hasta conseguir que en abril de 1770 se expidiese una real cédula por la que se prevenía que se obligase á los indios á aprender y hablar el español, empresa que no se había logrado llevar á cabo, pues aun cuando los indios en sus relaciones con los españoles llegaron á usar y usan el idioma castellano, entre sí no abandonan sus idiomas respectivos todas las tribus.

Dedicóse el arzobispo Lorenzana á la publicación de obras importantes para la historia de México y de documentos y mapas antiguos que se tenían por perdidos ó eran poco conocidos; entre esas publicaciones, sin duda una de las más importantes es la *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos, y notas, por el ilustrísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de México.—Con las licencias necesarias. En México, en la Imprenta del Superior Gobierno, del Br. D. Joseph Antonio de Hoyal en la calle de Tiburcio. Año de 1770.*

El marqués de Croix no descuidó el embellecimiento de la ciudad de México é influyó con su ejemplo y la esplendidez de su palacio en dar á las costumbres de la capital un carácter francés, apartándolas de muchos de los usos españoles que hasta entonces habían seguido.

Pero cansado de tan grandes trabajos y deseoso de volver á Europa, presentó su renuncia al monarca, que se la admitió, dándole como prueba de satisfacción, por sus buenos servicios, el enviar el nombramiento de virey á frey don Antonio María de Bucareli y Ursua, Bailío de la Orden de San Juan, á quien el marqués había indicado como digno de sucederle en el vireinato de la Nueva España.

Bucareli recibió del marqués de Croix el gobierno de México en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec el 22 de setiembre de 1771; de allí el marqués de Croix continuó su marcha para embarcarse en Veracruz, y Bucareli se dirigió á la capital de la colonia.

Muy cerca de ocho años gobernó la Nueva España el virey Bucareli, y en ese tiempo pocos acontecimientos notables encuentra la historia, y sin embargo, la energía, la prudencia y el acierto de aquel gobernante, que se ocupaba sin descanso en la administración y en el bien público, hicieron de aquel período una de las

¹ Sosa. — *El episcopado mexicano*, pág. 193.

¹ Sosa. — *El episcopado mexicano*, pág. 195.

mejores épocas de la colonia; muchos establecimientos de beneficencia y útiles para la sociedad se fundaron en tiempo de Bucareli; se plantearon sabias disposiciones para el manejo y conservación de la hacienda pública, y el comercio, la minería y la agricultura tuvieron un gran desarrollo.

El ejército, que al ocupar Bucareli el gobierno constaba de diez mil infantes y seis mil jinetes, sin contar el regimiento de la Corona, los cuerpos urbanos de México, Puebla y Veracruz, las compañías de Alva-

rado y Tlacotalpam y las milicias levantadas en el Occidente, en el interior y en la frontera del Norte, recibió nueva organización, y en su parte administrativa se le consignaron para sus pagos rentas especiales, sistema que en una nación en que la hacienda pública está arreglada á un buen plan económico puede considerarse como perjudicial, pero que en aquellas circunstancias era acertado medio para tener al ejército bien pagado y por consecuencia bien disciplinado.

Por las fronteras de Chihuahua y en las provincias



Don Martín de Mayorga

de Sonora y Sinaloa algunas tribus rebeldes, como los apaches, continuaban arruinando la minería y la agricultura con sus hostilidades y depredaciones y dando ocasión á que otras tribus, como la de los seris, entre los pimas, se levantasen algunas veces aprovechando aquellas irrupciones.

Las fuerzas enviadas á esos puntos hicieron aquella campaña penosa y sin gloria con tanta constancia, que los rebeldes, si no vencidos, porque jamás llegaron á serlo, sí recibían frecuentes golpes y se mostraban audaces en sus invasiones. Establecieronse algunos presidios para tener á raya á los apaches y aun á los comanches, que por el rumbo de Nuevo México hacían

ya la guerra más que á los españoles á los indios aliados.

Facsimile de la firma de don Martín de Mayorga

Agitábase por ese tiempo el proyecto de una nueva división política y administrativa en la Nueva España,

estableciendo en ella el sistema de intendencias. El visitador Gálvez se inclinaba á la adopción de aquel proyecto, conforme al cual debían crearse intendencias en México, Puebla, Yucatán, Oaxaca, Veracruz, Valladolid, San Luis Potosí, Guanajuato, Californias, Sonora y Sinaloa, Durango, Nueva Galicia y Nuevo México; pero Bucareli estudió cuidadosamente el nuevo sistema propuesto, consultó con personas capaces de comprender los resultados ventajosos ó perjudiciales en aquel asunto y se resolvió en contra de él, porque, en su concepto y por los datos adquiridos, aquella división no era adecuada al gobierno de la Nueva España; debía producir confusiones, gastos y dificultades, siendo así que poco á poco y con el antiguo sistema la hacienda pública iba mejorando, uniformándose la administración y estableciéndose el orden y la tranquilidad.

Durante el gobierno de Bucareli había mejorado realmente la hacienda pública: la casa de moneda aumentaba en crédito cada día, y las acuñaciones que en ella se hacían pasaban de veinte millones al año; los productos de la pólvora, del pulque, de las bulas, de las loterías y de los demás ramos crecían rápidamente, y Bucareli llegó á adquirir tanto crédito, que no necesitaba más que dirigirse á los comerciantes, mineros ó agricultores ricos para conseguir las cantidades que necesitaba, ya para los préstamos pedidos por el rey, ya para llevar á efecto cualquiera mejora en la capital ó en la colonia.

El comercio subió en sus productos de una manera extraordinaria, y el resultado de aquel movimiento fué el envío de grandes cantidades á la metrópoli. Dos flotas, una al mando de don Luis de Córdova, que salió de regreso para España en 1773, y otra á las órdenes de don Antonio de Ulloa en 1778, llevaron en reales la primera veinticuatro millones seiscientos cuarenta mil cinco pesos y la segunda veintisiete millones cuatrocientos ochenta y un mil pesos.

Las provincias de Sinaloa, Sonora, California y Nueva Vizcaya tenían por capitán general á don Teodoro de Croix, sobrino del marqués de Croix, virey que había sido de la Nueva España, y por el lado del Norte la capitania general de la Luisiana, que aunque no incorporada á la Nueva España recibía auxilios del virey de México, y era, por decirlo así, la guarda de las fronteras de la colonia, estaba encomendada á don Bernardo de Gálvez, sobrino del visitador don José de Gálvez, el cual de regreso á España, después de terminar su visita, ocupaba en la corte el elevado puesto de ministro universal de Indias y había sido titulado marqués de Sonora.

Prudentemente y procurando con éxito la tranquilidad y el progreso de la colonia, gobernó Bucareli hasta el día 9 de abril de 1779, en que murió de resultas de una enfermedad aguda, dejando gran fama de honradez, inteligencia é ilustración.

Ocupó el gobierno á la muerte del virey el regente de la Audiencia, don Francisco Romá y Rosell, abriéndose inmediatamente el pliego de mortaja que don José de Gálvez, ministro de Indias, había remitido en los últimos días del gobierno de Bucareli. El ministro Gálvez, que en medio de sus buenas cualidades tenía la mancha de un desenfrenado nepotismo, en el pliego de mortaja designaba para virey de México al presidente de Guatemala, suponiendo que llegado el caso de aquella sustitución sería virey de Nueva España su hermano don Matías, nombrado presidente de Guatemala.

Con gran embozo estaba preparado aquel plan, pues del ministro de Indias dependía no nombrar virey por falta de Bucareli, y conservando á don Matías de Gálvez en Guatemala, natural era que llegara el caso de abrir el pliego de mortaja y que Gálvez ocupara el vireinato de Nueva España. Pero la casualidad se opuso al éxito de aquel proyecto; murió Bucareli cuando don Matías de Gálvez aun no llegaba á Guatemala, y los oidores de México obraron con tanta actividad, que inmediatamente después de la muerte de Bucareli enviaron un correo á don Martín de Mayorga, que en aquellos momentos gobernaba Guatemala; el correo caminó con tal rapidez, que en siete días llegó hasta entregar los pliegos á Mayorga, y éste se puso en seguida en marcha para México, adonde se presentó el 23 de agosto de 1779. A esta combinación de circunstancias, no esperada ni prevista por el ministro don José de Gálvez, se debió que fuese cuadragésimo séptimo virey de Nueva España don Martín de Mayorga, en quien no se había pensado en la corte para ese empleo, y no don Matías de Gálvez, para el que se había preparado con anticipación el camino.

Tan tranquilo como había sido el gobierno de Bucareli fué agitado y penoso el de don Martín de Mayorga: al salir de Guatemala tuvo ya la noticia de que se había declarado la guerra entre Inglaterra y España, y de que el teatro más probable de grandes acontecimientos militares debían ser las colonias españolas en América, y de éstas, principalmente la Habana, la Luisiana, la Nueva España y Guatemala, y el virey de México tenía necesidad, no sólo de defender el territorio de la Nueva España, sino de auxiliar especialmente con recursos á la Habana y la Luisiana. La noticia de esta guerra hizo á Mayorga precipitar su marcha para llegar cuanto antes á México.

El nuevo virey, á pesar de que su elevación era debida á una verdadera casualidad, poseía notables dotes para el gobierno; era activo, honrado y enérgico, pero sobre todo modesto y desconfiado de su propio valer, como lo probó, pidiendo al rey le excusase de servir el vireinato nombrándole un sucesor. Carlos III dispuso que Mayorga continuase en Nueva España mientras duraba la guerra; pero el ministro Gálvez le tuvo siempre mala voluntad, sin otro motivo que las

circunstancias que le hicieron ascender al gobierno en vez de don Matías de Gálvez.

Publicóse en México por la audiencia gobernadora antes de la llegada de Mayorga la declaración de la guerra, eligiendo para eso un día festivo y dando al acto la mayor solemnidad posible. Con gran actividad obró la Audiencia, anticipándose á dar disposiciones, enviando correos extraordinarios á todos los gobernadores y justicias del reino y haciendo que salieran en comisión á encontrar al virey é informarle de cuanto acontecía los oidores Ramón Becerra y Ruperto Vicente Luyando.

El virey Mayorga comenzó inmediatamente á dictar providencias para preparar la defensa de Nueva España y el auxilio á las otras colonias; se escribió á Guatemala ofreciendo al gobernador de allí los auxilios que necesitase y autorizándole para pedir dinero á los particulares librando contra las cajas reales de México; llevóse á Veracruz un millón de pesos destinado para enviar recursos á los gobernadores de la Habana, de la Luisiana y de Yucatán, y comenzaron á enviarse á esos puertos víveres y pertrechos.

Gobernaba la Luisiana don Bernardo de Gálvez, hijo de don Matías y sobrino del ministro de Indias, y Guatemala don Matías de Gálvez; pero las principales operaciones de guerra debían ser por el lado del Norte, en donde don Bernardo de Gálvez tenía instrucciones de atacar á los ingleses establecidos en las márgenes del Mississipi, desde donde podían con facilidad hostilizar las posiciones españolas.

El virey de México debía alistar una escuadra que por el Seno Mexicano fuera en auxilio de don Bernardo de Gálvez, uniéndose esa escuadra con otra que debía salir de la Habana. Don Bernardo de Gálvez contaba para el éxito de su empresa con la alianza de algunas tribus indígenas, como la de los chactas, y además con la de la nueva República de los Estados Unidos del Norte, que comenzaba entonces á figurar entre las naciones independientes.

El Congreso de los Estados Unidos había convenido en emprender las hostilidades contra los ingleses por el rumbo de San Agustín de la Florida y por las orillas del Mississipi, mediante una cantidad que debía recibirse para indemnizar los gastos de aquellas expediciones, y Francia, que estaba aliada con España, había dado orden á todos sus jefes en América para que auxiliasen á los españoles en cuanta empresa se intentara contra establecimientos de la Gran Bretaña.

Los aprestos militares en la Nueva España eran grandes: levantáronse banderas de enganche de voluntarios en todas las ciudades; el virey en persona fué á Veracruz á examinar las obras de defensa y el estado del ejército, y no faltaron recursos para enviar á don Bernardo de Gálvez.

Pero en medio de aquellos trabajos y cuando más

empeñoso estaba Mayorga en aumentar el ejército y proporcionar recursos, apareció en Nueva España una espantosa epidemia de viruelas. Los hospitales no pudieron contener el gran número de enfermos, y hubo necesidad de ampliarlos y de fundar otros nuevos. Las calles de las ciudades principales estaban desiertas, los vecinos, espantados, no se atrevían á salir de sus casas, por todas partes se oían clamores y quejas y aumentaban el terror los toques de rogativas en los templos y los pavorosos cantos de las rogaciones públicas y de las procesiones.

Pero la guerra seguía fatalmente su marcha, y el virey Mayorga, á pesar del empeño que manifestaba para dedicar sus cuidados al pueblo en la horrible calamidad de la epidemia, necesitaba de preferencia atender á la defensa del territorio. Los ingleses se habían presentado en octubre de 1779 con una escuadra de doce navíos en las costas de Centro América, tomando el castillo y pueblo de Omoa sin que pudiera impedirlo don Matías de Gálvez.

En la América del Norte don Bernardo de Gálvez caminaba con gran fortuna en la campaña; el joven general había logrado tomar por sorpresa el fuerte de Manchak y poco después obligar á rendirse á la guarnición de Baton Rouge, mientras que tropas de los Estados Unidos alcanzaban por otro lado algunas ventajas. En aquella expedición, que duró dos meses, Gálvez tomó al enemigo tres fuertes, ocho buques, veintiocho oficiales y quinientos cincuenta soldados y además muchos marineros y paisanos.

La provincia de Yucatán debía necesariamente empeñar el combate en esa guerra contra los ingleses establecidos en Walix, pues si existiendo la paz entre España é Inglaterra eran tan frecuentes las luchas en aquella parte de la Nueva España, rotas las hostilidades entre españoles é ingleses, se presentaba al gobernador de Yucatán la mejor oportunidad para invadir las colonias de Río Hondo y Walix.

Así sucedió: don Roberto Rivas Betancourt, teniente del rey y gobernador interino de la provincia de Yucatán, habiendo recibido una real orden para arrojar á los ingleses de todas las costas de aquella provincia y destruir todos sus establecimientos, se puso inmediatamente en campaña. Levantáronse trescientos hombres milicianos, y se aprontaron en Bacalar los bongos, piraguas y demás embarcaciones que pudieron reunirse.

El gobernador ordenó al teniente coronel José Rosado que emprendiese las operaciones sobre las márgenes del Río Hondo, y aunque Rosado tenía poca fuerza, llevó á efecto tan felizmente la campaña, que logró aprehender muchos ingleses y negros y apresar dos goletas, una balandra y algunas embarcaciones pequeñas.

Armáronse en guerra todas esas embarcaciones y

se preparó otra expedición confiada al mismo Rosado. Salió esa expedición con rumbo á Cayo-Cozina, que era en aquella ocasión el establecimiento principal de los ingleses; apresáronse en la travesía tres goletas, y el 15 de setiembre de 1779 Rosado se apoderó de la colonia inglesa, haciendo prisioneros á todos sus vecinos, á más de trescientos esclavos, y tomando muchos bongos, piraguas y un bergantín con catorce cañones; pero en el momento de embarcar á los prisioneros se presentaron dos fragatas de guerra y un bergantín ingleses que llegaban á Jamaica. Rosado se retiró, consiguiendo llevarse á las autoridades, á algunas familias principales y un gran número de esclavos.

Llegáronle como de refuerzo á Rosado una compañía de granaderos milicianos y una del Fijo de Castilla. Los españoles volvieron entonces sobre los establecimientos ingleses, pero no encontrando en ellos gente, incendiaron trescientas treinta y ocho casas y regresaron á Bacalar.

El gobernador Roberto Rivas preparó otra expedición con cinco goletas de las apresadas á los ingleses, diez piraguas y ocho dórices, con trescientos noventa hombres de tripulación y desembarco. Salió esa expedición el 28 de octubre del mismo año de 1779 al mando del teniente coronel don Francisco Piñeiro; llegó al Cayo, pero encontrándolo abandonado, sólo consiguió hacer prisioneros dos ingleses y un negro, quemándose más de doscientas casas, todas de madera. Del Cayo salieron algunas expediciones por tierra que incendiaron los establecimientos de los ingleses, aprehendiendo sólo tres negros.

En 2 de noviembre el gobernador de Yucatán envió al capitán don José Urrutia con dos goletas, nueve piraguas y cuatro dórices á destruir los establecimientos ingleses que estaban al sur de la boca del río Walix. Urrutia desempeñó su comisión destruyendo multitud de ranchos.

La pérdida que sufrieron los ingleses por aquellas invasiones se calculó en trescientos siete esclavos, diez goletas, una balandra, cuarenta embarcaciones pequeñas, y entre ganado, muebles y valor de casas incendiadas novecientos mil pesos. El rey, como premios de aquella campaña, dió el grado de brigadier á don Roberto Rivas, el de coronel á don José Rosado y á don Francisco Piñeiro y el de teniente coronel á don José de Urrutia ¹.

Los motines en el interior de la Nueva España vinieron á ocupar la atención del gobierno español; en

Izucar se sublevaron los indios, y el virey tuvo que enviar contra ellos á la compañía de milicias de Atlitico, y al alcalde de corte don José Antonio de Urizar para formar un proceso.

Los sublevados se batieron con las fuerzas del virey, pero fueron derrotados, haciéndoseles más de treinta prisioneros que fueron enviados á servir en la real armada. En el pueblo de Izucar encontró el alcalde destrozadas las cajas reales, perdido el archivo, abierta la cárcel pública, saqueada la casa del alcalde mayor despedazado el dosel y el retrato del monarca.

La Nueva España no sufrió, sin embargo, ningún ataque serio en sus puertos, aun cuando las costas estaban amagadas y se sabía que en las posesiones inglesas del continente estaban listos treinta y cinco navíos de línea para atacar á Cuba ó alguno de los puertos del Seno Mexicano.

Como la Habana era el puerto que se creía más expuesto á la invasión, Mayorga envió de refuerzo á la guarnición de la isla un regimiento llamado de la Corona y cuatro compañías de Campeche.

El virey tenía que luchar no sólo con las grandes dificultades que le presentaba la situación, sino también con la mala voluntad del ministro don José de Gálvez, que desaprobó muchas de las disposiciones dictadas por Mayorga, haciendo esto con tan poca reserva, que llegó á conocimiento de todos los gobernadores y jueces de Nueva España, de los cuales muchos, creyendo halagar al ministro de Indias, ostentaban su desafecto á Mayorga presentándole obstáculos y llegando á negarle algunas veces la obediencia. Mayorga, sin perder su energía, continuó haciendo respetar sus disposiciones, pero insistiendo al mismo tiempo con el rey en que le nombrase un sucesor.

Tanto se empeñó Mayorga en separarse del vireinato, que Carlos III, sin duda por la influencia del ministro Gálvez, admitió la renuncia, y se nombró virey de México á don Matías de Gálvez, que gobernaba aún Guatemala. Gálvez se puso en marcha para México y recibió el gobierno de Nueva España, como era de costumbre, en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec, haciendo su entrada solemne el siguiente día, que fué el 29 de abril de 1783.

Mayorga afianzó el resultado de su juicio de residencia, y dejando en la Nueva España una envidiable reputación de acertado gobernante y cumplido caballero, se embarcó para Europa, muriendo al entrar en el puerto de Cádiz. Los políticos de aquellos tiempos supusieron que la muerte de Mayorga era el resultado de un crimen, y el nombre del ministro de Indias andaba mezclado en aquella siniestra relación.

¹ Suplemento á la *Gaceta de Madrid* del viernes 21 de abril de 1780.